**Galería de personajes. Pepito, el albañil**

José María Becerra Hiraldo

 Catedrático de Lengua española

Pepe tiene cincuenta años. Cuerpo de uno setenta. Robusto. Musculado. Bien parecido. Puede que rubio en su mocedad. Hoy pelo canoso, cejas tupidas. Entradas grandes. Brazos carnosos. Olor a sobacos olvidados. Se toma el primer sorbo de café en la barra del bar.

Pepe vive pegado al móvil. Una colombiana madurita. Buena apariencia. El culo de una boliviana enseñando un chichi enorme y pelado, encarnado y carnoso. Las tetas de una divorciada, conocida los jueves en Churriana de la Vega, exuberantes, turgentes. La llama al móvil una. La llama otra. Le regaña una. Lo requiere otra. Pepe goza, disfruta con los mensajes: «¿dónde estás, mi amol?», «esta noche te espero», «no puedes faltar». No son putas, son necesitadas.

Pepe tiene un recurso infalible. Arregla tuberías, es fontanero, albañil y hábil para arreglar todos los desperfectos de la casa. Lo llaman las que viven solas, separadas, con hijos a cargo y esperando que el exmarido les ingrese la mensualidad. Como no tienen recursos, están dispuestas a pagar en carne. Pepe no tiene problemas, no tiene ataduras; también está él separado y menospreciado por la suya. Es una suerte de venganza y jolgorio compensador.

Cada semana tiene una nueva conquista. Parece que no son conquistas sino intereses mutuos. Trabaja de lunes a miércoles. Va a Churriana los jueves, a la discoteca. Baila, se arrima, habla no mucho porque su condición de ‘albañil’ lo pierde. Se hacen fotos. Salen. Alguna caricia. Piensan en alguna escapada. Se encierran en algún sitio. Su exmujer le tiene prohibido acercarse a la antigua casa, donde todavía conserva y tiene derecho a una habitación de acceso independiente. Pero él infringe, entra, retoza, se revuelca. En alguna ocasión el después es conflictivo. Una le exigió el análisis de sangre con prueba de VIH, otra le exigió la vasectomía, otra lo acusó falsamente de acoso. Pepe pasó por todas. Nunca puso pegas a nada. A los análisis, a la operación, al miedo a la Justicia. Pero pasa el sábado, y el domingo hace olvidar las penas, hasta que el lunes llega seco, exigente y con dolor de cabeza.

El lunes será el recordar. Llevar a la nieta al colegio. Renegar de lo imposible de la venta de la vivienda. Las exigencias de la parienta con el precio. La añoranza de tener algo independiente. El trabajo que costó levantar la casa en El Realejo, rehabilitarla, hacerla nueva. Horas de sudor y polvo. Para nada. «Que si más cara, que de ese precio no bajo». Lo que quiere es quedarse con la casa entera y que él se vaya. Pero los tiempos están malos hasta para un paleta.

El paleta, el lunes, recuerda sus conquistas. Que si una era muy remilgona. Achucharse un poco. Miedo al qué dirán. Cuidado con los hijos. Otra muy melosa, muy exhibidora, espléndida, de buenas carnes. Pero no metaminina. Ni hablar. Toquetear, chupar, hozar lo que se quiera, pero sin pasar a los adentros. En cambio, la colombiana no se cansaba. Pepe le decía que le dolía de tanto rozar, que ya estaba enrojecida. Era incansable. La francesa le gustaba, era un poco repipi, era una tía buena. Lo que pasa es que vivía en el Rincón de la Victoria. Y le requería por teléfono que fuese a verla. Pepe no tenía dinero para tanto gasto. La semanada echada por alto. No podía ser.

En el mostrador del bar, Pepe enseñaba fotos y fotos. Disfrutaba más con la imaginación que con la vista. Toma un sorbo de café. Da una palmada al mármol de la barra. Una colombiana le pidió papeles. Quería quedarse aquí con él para siempre. Pepe se hacía un lío con los papeles. Lo llama allí mismo. Le dice ‘cariñito’. Pepe desde que dejó el hospicio, donde recuerda agradecido a las monjas, no había recibido un trato tan exquisito. Pepe se derretía. Por sus brazos musculados pasaba un escalofrío. Entraba y salía a la puerta, celular en mano. Dos palabras y media, y cortaba. Relataba su conversación a los de la barra. Apenas si tomaba café. Tardaba más de una hora en digerir su escarceo telefónico.

De repente salió a la puerta. Titubeó. Pasaba a lo lejos una mujer, mediana edad, buen porte, Albaicín abajo, dos niños pequeños camino del colegio, miradas evasivas. Parece que se reconocieron. Era una de ellas. Los otros clientes de la barra empezaron a creer en tantas cosas. Envidia, compasión, fantasía, verosimilitud se derramaron por todo el mostrador. Incluso, admiración. Pepe tomó un sorbo de café. Estaba frío. Llegaría tarde al trabajo del día, pero había valido la pena. Se sentía todo un hombre. «Ahora, que venga el coletas y le ponga pegas». Se bebió el resto de café. Dio dos palmadas y le dijo al dueño que luego le pagaría.

Post data. Me he enterado de que ha vendido por fin la casa. Hace un mes que no lo veo por ningún sitio. Ha desaparecido. ¿Se habrán solucionado también sus problemas?